



27 de enero de 1889

El Evangelio de las bodas de Caná

Queridas hermanas

Creo que nunca os he hablado del Evangelio de las bodas de Caná. Cae en el día de mi fiesta, y no suelo hacer el Capítulo. Pero hay muchas cosas que decir sobre él. Hoy os hablaré de algo que me ha ocupado particularmente: la Santísima Virgen pidiendo para la humanidad las cosas que necesita.

Fue sin duda una boda pobre, a la que asistieron la Santísima Virgen y Nuestro Señor. Para que se acabara el vino, tenían que ser pobres. Habían tomado sus precauciones y, sin embargo, en medio de la comida se les había acabado el vino.

En aquellos países, una comida consiste en muy pocas cosas. Fijaos en su pobreza y sencillez. Aunque se hable de una gran comida, no hay que pensar que en ella había muchos platos elaborados, como ahora. Probablemente consistió en varias clases de carne asada o a la parrilla, con aceitunas y vino. Tal vez, como en la Última Cena, unas cuantas raíces amargas, algo de fruta local, aceitunas, higos y naranjas: probablemente en eso consistían estos banquetes de bodas y matrimonios. Si falta el vino, queda muy poco y se pasa mucha vergüenza.

Para esta pobre gente, es una gran vergüenza, una gran dificultad. La Santísima Virgen se apiada de ellos. Es su papel de misericordia el que se indica a lo largo de este Evangelio. Se compadece de su necesidad, de su pobreza, y le dice al Señor: No tienen vino. La transformación del agua en vino era como una profecía de la transubstanciación, de ese maravilloso cambio del vino en sangre de Jesucristo que iba a tener lugar un día.

¿Cómo es la pobreza del género humano privado de la visita íntima e interior de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Cómo es una nación que no comulga? Estoy convencida de que, cuando esta sangre preciosa no ha tocado las almas, este país es pobre, no digo de los bienes de la tierra, porque puede ser rico, pero este país es miserable, no tiene los dones, las gracias, la fuerza, las virtudes que provienen de la comunicación de la sangre de Nuestro Señor al género humano.

Esta es una segunda interpretación de las palabras de la Santísima Virgen, y es en este sentido que dijo a su Hijo: No tienen vino, “pido por ellos, dales tu vida».

Por supuesto que ella sabía lo que le iba a costar que esta vida divina se derramara sobre ellos, y sin embargo dijo: «Dales tu vida, y ya que has venido para que tengan vida y que la tengan en abundancia, dásela a este pueblo que está abandonado, sin pastor, sin gracia y sin luz».

Hay aún otro significado, y éste os concierne mucho más directamente. Todas recibimos al Señor. Recibimos el pan transformado en su cuerpo, el vino transformado en su sangre. Cuando la Santísima Virgen dice: «No tienen vino», ¿no quiere decir: «Dónde está la generosidad, el ardor del que el vino es el emblema»? De hecho, se dice: «un vino generoso». Es un vino que fortalece el corazón, que incluso puede dar una energía artificial, si tomamos en exceso. Pero el uso moderado y sobrio del vino fortalece el corazón y el temperamento.

Pues bien, lo mismo sucede con los efectos que este vino, que se ha convertido en la sangre de Jesucristo, debe producir en el alma. Es generosidad, es ardor, es algo que corre, que vuela, que quiere darlo todo a nuestro Señor, sacrificarlo todo por su amor. Cuántas veces al

mirar vuestras almas, la Santísima Virgen habrá dicho: «No tienen vino. Son tus esposas y, sin embargo, ¿dónde está su ardor, su amor, su generosidad en el sacrificio? Realmente necesitan que vengas en su ayuda».

Por eso os pido, hijas mías, que cuando meditéis este Evangelio, repitáis con la Santísima Virgen: «Señor, no tengo vino. Me falta el vino del amor, el vino del ardor, el vino de la vida, el vino de la fuerza, de la generosidad, del valor que haría nacer en mí las virtudes». La Santísima Virgen te lo pide para mí. Escúchala decir: «Hijo, no tiene vino».

En esta aflicción, escuchad el consejo de Nuestra Señora: Haced lo que Él os diga. Este es el remedio en toda situación: escuchar a Nuestro Señor en el fondo de vuestra alma, y luego hacer lo que Él os diga, con relación a la humildad, a la pobreza, al sacrificio, a la obediencia, a la oración constante y ferviente.

Así estáis seguras de recibir el vino sagrado de la comunión. Estáis seguras de que el vino del fervor se encontrará en el fondo de vuestras almas. Podéis estar seguras de que los que amáis serán a su vez vivificados y santificados por esta sangre preciosa. Por desgracia, no entra en todas nuestras familias, este pan y este vino que Dios dio a la tierra por un milagro muy distinto al de la transformación del agua en vino. Esto es lo que debemos desear sobre todo para nuestros seres queridos: que tengan la dicha de recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo, durante la vida y especialmente en la hora de la muerte.

Estas son, hermanas, las cosas que podemos pedir, uniéndonos a la oración de la Santísima Virgen, ya sea para nosotras mismas o para los demás.